

Cabaret Voltaire Una pequeña, y sorprendente, producción de una pequeña compañía de El Prat de Llobregat permite realizar un viaje en el tiempo a aquel Cabaret Voltaire que los dadaístas pusieron en marcha en Zurich a principios del pasado siglo. Una lección no exenta de humor de teatro vanguardista y, aún hoy, provocador

¿Pero esto qué es?

EDUARD MOLNER

II Mostra de Teatre Emergent en Terrassa. Tras una mesa redonda (*A la recerca de la professionalització teatral*) con la actriz Sílvia Martín, Pep Pla, director del Centre d'Arts Escèniques de Terrassa, y el dramaturgo Toni Cabré (su *Viatge a Califòrnia* todavía está de gira), vamos a ver los primeros espectáculos de la muestra. Sobre el segundo que veremos, Cabré, bregado en el teatro que se hace más allá de Barcelona, me dice que me va a sorprender, que lo vio en Mataró y que le gustó mucho.

Me siento en la platea improvisada del Ateneu Candela, con ese escepticismo barcelonés, en el fondo un tanto ridículo. *Cabaret Voltaire* empieza, ahí es nada, con la *Ursonate* de Kurt Schwitters (1887-1948) "Fümms bö wö tää zää Uu, pögiff, kwii Ee". Veinticinco minutos de sonidos "presilábicos o primitivos", palabras que no son tal, un juego fonético y poético de estructura musical "ordenado en cuatro partes, una introducción, un final y una cadencia en su cuarta parte", según explicación del mismo Schwitters. Vanguardismo sin concesiones, que debería parecer de otro mundo en los años de su creación, entre 1922 y 1932, y que todavía es una especie de frontera, una línea sobre la que el arte se ha movido sin franquearla: "Zätt (muy emocionado)/ üpsilon iks/ Wee fau Uu/ Tee äss ärr kuu/ Pee Oo änn ämm/ Ell kaa Ii haa/ Gee äff Ee dee zee eeee? (afligido)." La manera de decir será el contenido, el mensaje; aquí no hay significado independiente de la interpretación. 1922. Se terminó el cuento, el mandato aristotélico, "había una vez..."

Sorprendido es poco. Miro a Cabré y me sonrío con cara de "te lo dije". Pero *Cabaret Voltaire* no acaba aquí, claro. Toda la segunda parte de este montaje de poco más de una hora de duración es una recreación de los espectáculos que tenían lugar en el Cabaret Voltaire de la calle Spielgasse, en Zurich, en 1916, protagonizados por Hugo Ball, Emmy Hennings, Marcel Janco, Richard Huelsenbeck y, cómo no, Tristan Tzara, maestro de ceremonias. La *Ursonate* de Schwitters nunca se interpretó en el Voltaire, es posterior, pero es casi un emblema que recoge el espíritu del movimiento.

Hablamos del dadaísmo. Del dada inicial, del suizo, del que surge durante la Primera Guerra Mun-

Cabaret Voltaire

Es una producción de la compañía Teatre Kaddish. Con textos de Hugo Ball, Tristan Tzara y Kurt Schwitters, dirigida por Xavier Giménez. Estará en cartel en enero del 2009 en el Espai Brossa de Barcelona www.teatrekaddish.com

dial. Por las calles de Zurich, desertores, exiliados políticos, objetores de conciencia, agentes secretos y hombres de negocios turbios. Un grupo de jóvenes se encuentra esperando el final de una guerra que parece no acabar nunca. Se sienten en la *prisión suiza*. No son pacifistas utópicos, son activos antibelicistas que se rebelan desde el disgusto, desde el asco por una civilización burguesa de la que rechazan sus conceptos de honor, patria, familia, arte, religión, incluso su idea de libertad y fraternidad. Tristan Tzara, rumano, estaba estudiando

filosofía; Janco, alemán, arquitectura; Hans Arp había llegado para visitar a su madre. A los tres les sorprende el estallido del conflicto allí. Hugo Ball deserta del ejército alemán, sin más, y se instala en Zurich con su mujer, la actriz y cantante Emmy Hennings. Huelsenbeck tuvo la suerte de que lo declararan inútil. A pocos números del Cabaret Voltaire, en la misma calle Spielgasse, Lenin y su mujer Krupskaja siguen la evolución de Rusia y esperan su momento. De allí saldrán, en un vagón precintado en 1917, hacia San Petersburgo,

para cambiar la historia del siglo XX. En esta sopa nace el dadaísmo, el movimiento más subversivo de la historia del arte y las letras. La protesta de las vanguardias se ha llevado hasta sus últimas consecuencias: la negación de la razón, un nihilismo sistemático. Dadá es antiartístico, antiliterario y anti-poético. Incluso niega el modernismo y sus vanguardias acusándolas de ser sucedáneos de aquello contra lo que nacieron. Incluso niega dadá, en una incesante búsqueda de libertad. Dadá es una actitud, una predisposición del espíritu.

Por eso el gesto lo es todo. Un espectáculo dadaísta debe transgredir, a través de la provocación, del escándalo. Xavier Giménez, dramaturgo y director de *Cabaret Voltaire*, ha logrado que sus actores y actriz -Pau Bou, Xavier Llorens, Arnau Puig, Alberto Riballo e Isabel Núñez-Castro- se crean lo que están haciendo. Sólo desde una fe absoluta se puede interpretar la irracionalidad sin que parezca un abstracto sinsentido.

El espectáculo surgió como actividad paralela a la exposición, *Intensities*, dedicada a reivindicar los movimientos artísticos radicalmente críticos en el siglo XX, del dadá al punk, comisariada por David G. Torres. *Cabaret Voltaire* le gustó

Director y actores de este 'Cabaret Voltaire' salvan la dificultad de interpretar la irracionalidad sin que parezca un abstracto sinsentido

tanto a Hermann Bonnín que ya lo tiene programado en el Espai Brossa de enero a febrero del 2009.

Pau Bou, en el papel de Hugo Ball, ataviado con un traje cubista de rojo y oro, aparece dando tumbos robóticos. Por un momento parece que nos arrollará. Pero se detiene. Nos recita *Totenklaje* (Acusación a los muertos) "ombula/ take/ bitdli/ solunkola/ tabla tokta tokta takabla/..." y al final nos pide que aplaudamos (quizás no habíamos entendido que ya había terminado). El humor es la consecuencia, no el fin. Aunque, más de noventa años después, todavía alguien parece enfadado, se ve en algún rostro algo así como ¿pero esto qué es? ¡Victoria Dadá! |



Pau Bou en el papel de Hugo Ball en 'Cabaret Voltaire'